



Onomázein

ISSN: 0717-1285

onomazein@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile
Chile

Wigdorsky, Leopoldo

ALGUNAS DIMENSIONES DE LA REDUNDANCIA

Onomázein, vol. 2, núm. 10, 2004, pp. 171-178

Pontificia Universidad Católica de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=134517755009>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

ALGUNAS DIMENSIONES DE LA REDUNDANCIA*

Leopoldo Wigdorsky

“Redundancia” viene de *undare*, “inundar”, “anegar”, de manera que *re-undare* es “volver a inundar”. *Redundar* es inundar con palabras casi siempre innecesarias; del griego viene el término *pleonasmos* para referirse a esta figura retórica –y observe el amable lector que escribí “figura” retórica y no “vicio” retórico, porque las redundancias o los pleonasmos léxicos, a veces, son inevitables o hasta justificables.

No me refiero únicamente a redundancias obvias, expresiones tan frecuentes como “entrar para adentro”, “subir para arriba”, “bajar para abajo”, “el día martes” o “el mes de septiembre”. Me interesan principalmente las expresiones más difíciles de detectar y evitar, como las que paso a discutir.

En el reglamento de promoción académica de una universidad en la que trabajé muchos años, un artículo rezaba así:

- (1) “Los profesores titulares y auxiliares deberán acreditar máxima excelencia en su especialidad”.

Argüí mucho que esta oración era redundante por cuanto la excelencia es máxima por definición. Inútil. Me fui de esa casa de estudios, en la que logré muchas cosas, pero el artículo sigue allí.

Algo parecido me ocurrió con “consenso unánime”, cuando se decía, por ejemplo:

- (2) “Los acuerdos deben lograrse por consenso unánime”.

Inútil que alegara que, para lograr un consenso, todos tienen que estar de acuerdo. Me decían que un “consenso unánime” les parecía

* Artículo póstumo que incluimos aquí como homenaje a don Leopoldo Wigdorsky.

más unánime o “más consensuado” que un consenso a secas. Sobre esto de que “les parecía”, algo diré más adelante.

Hay que reconocer que, cuando uno comienza a buscar redundancias, las encuentra por todas partes. Sintonizo la radio y oigo que

- (3) “Cuatro personas murieron en un accidente fatal”.
- (4) “Dos convictos escaparon con éxito”.
- (5) “Mañana habrá menos un grado bajo cero”.
- (6) “Para pasado mañana, se pronostica -1° la mínima y 6° la máxima”.
- (7) “La balanza de pagos anda mal por el exceso de importaciones extranjeras”.

Tanto mi casilla postal cuanto mi casilla electrónica están repletas de ofertas que hablan de “obsequios gratuitos”. En la habitual “tanda” deportiva, oigo que el ciclista González ha establecido un “nuevo récord” y que el joven mediocampista Pérez es toda “una promesa para el futuro”. Por su parte, el diario informa que, en la Cámara de Diputados, se sesionó con un “quórum mínimo”.

¿Y qué me dicen del lenguaje publicitario? Tenemos el insecticida que mata a los bichos “bien muertos”; o la cadena de restaurantes que ha vendido “billones y billones” de hamburguesas, o el aceite de oliva que es “100% puro”, o la lavadora de ropa que presenta “nuevas innovaciones”. Luego, están los hoteles con programas especiales de “luna de miel para dos”.

Los políticos y los economistas nos hablan de “planes futuros” o de que el “*status quo* debe permanecer como está”, en tanto que los técnicos y científicos tampoco quedan cortos en el uso de redundancias: hay “experiencias reales”, objetos de “cuatro metros cuadrados de superficie” o “un metro cúbico de volumen”, aparatos de “forma cilíndrica” y resultados “uniformemente homogéneos”.

Como casi todo en la lengua, el que una expresión sea o no redundante depende, en gran medida, de la situación en que es emitida, es decir, de los factores que intervienen en un acto de comunicación lingüística, tales como los participantes, el tema y la intención. Más que un asunto de semántica, la redundancia es una cuestión de pragmática. Así, por ejemplo, un “cuidadoso análisis” es expresión redundante en un contexto científico, ya que allí un análisis es necesariamente cuidadoso, pero no es necesariamente redundante en un contexto general, en que la palabra “análisis” es usada en forma poco rígida. Algo semejante ocurre con “totalmente limpio”, expresión que –por redundante y hasta insultante– jamás emplearía un médico o una enfermera en el pabellón quirúrgico; en el hogar, en cambio, se aceptan grados de limpieza. Algo semejante ocurre con “máxima excelencia”, en un contexto que permita niveles de excelencia.

He aquí un párrafo insoportable: “Mi intención es decirles toda la verdad [y no una verdad a medias] sobre las redundancias y los pleonasmos [repito la idea para mayor seguridad]. Mi experiencia pasada [más confiable que mi experiencia actual o futura] me dice que repetir nunca está de más. La historia pasada [más que la presente] de los pleonasmos nos ofrece y proporciona un pequeño atisbo [no sea que haya grandes atisbos] de las redundancias que inundarán nuestra historia futura.”

El pasado está implícito en las palabras “historia” y “experiencia”; sin embargo, hay quienes insisten en hablar de “historia pasada” y “mi experiencia pasada”. En cambio, los planes, las promesas o las advertencias implican el futuro, lo que no impide que diariamente oigamos hablar de planes o promesas para el futuro y de advertencias por anticipado. El prefijo “pre” contribuye a esta confusión crónica y frecuente. Se puede aceptar que “calentar” o “testear” sean procesos que se efectúen en dos o más etapas; de aquí la procedencia de “precalentar” y “pretestear”, pero es difícil ver qué diferencias hay entre “preplanificar” y “planificar”, o “pregrabar” y “grabar”. Por ahí encontré la expresión “pregrabado en vivo”, lo que es ciertamente mejor que grabar o pregrabar después de muerto.

Un pleonismo que detesto con pasión (mejor que odiar con calma) es “hoy en día” ¿A qué viene el “en día”? ¿Por qué no simplemente “hoy”? Otro semejante es “hoy por hoy”. Y tenemos esos insoportables “mes de mayo” o “día martes”; que yo sepa, mayo sólo puede ser mes y lunes, día.

(8) “Te vendré a visitar un [día] martes del [mes] de mayo de este [año] 2001”.

En (8), he puesto entre corchetes las palabras redundantes y, a mi juicio, dispensables –al menos, en un contexto neutro.

No se vaya a creer que la redundancia es un fenómeno exclusivamente hispánico. Existe en todas las lenguas. En el inglés, por ejemplo, se encuentran plenamente lexicalizados y hasta legalizados los pares redundantes como *aches and pains* (dolores y dolores), *null and void* (nulo y nulo), *bound and determined* (decidido y decidido), *last will and testament* (última voluntad y testamento). Algunos de estos pares lexicalizados parecen justificarse, al menos, en el ámbito jurídico, como *bought and paid for* (comprado y pagado), ya que es concebible que alguien compre algo y no lo haya pagado realmente; haya entregado un cheque sin fondos, por ejemplo.

En muchos casos las redundancias son inevitables porque detectarlas implica saber el origen de las palabras, conocimiento que no se puede exigir a nadie (excepto a los especialistas en la historia

de la lengua). Así, por ejemplo, quien pide “correcta ortografía” pide, en realidad, “correcta correcta escritura”, ya que “ortografía” significa “correcta escritura”; análogamente, exigir una “hermosa caligrafía” es pedir una “escritura hermosa hermosa” o dos veces hermosas, si se prefiere. “Le vuelvo a reiterar” es repetir cuatro veces, ya que “reiterar” es “repetir”.

Estrictamente hablando, “manuscrito escrito a mano” es una redundancia pero, en esta época de procesadores de texto, nos piden “manuscritos en Word” u otro procesador, lo que implica una contradicción (mejor sería que nos pidieran “originales” en Word u otro programa). Los angloparlantes se salvan, en teoría, de este problema porque tienen *manuscript*, para los originales a mano, y *typescript*, para los originales mecanografiados, pero el último término ha tenido escasa aceptación.

La ortografía (tanto la oficial cuanto la informal) también presenta varias redundancias. Quizá el caso más obvio es el de las tildes diacríticas. ¿Realmente alguien se confundirá si ve “te” en lugar de “té” en

(9) “~Le acepto una tacita de te”.

o si lee “como” en lugar de “cómo”, o “el” en vez de “él” en:

(10) “~¿Como se llama su mamá?”

(11) “~Ella afirma que no lo conoce, pero la han visto varias veces con el”.

En las oraciones (9), (10) y (11) he usado una virgulilla inicial (~) para indicar que los enunciados violan la “norma académica”, asunto diferente a la incorrección, que entiendo como violación a la norma culta del geolecto que se discute. Y a propósito del ejemplo (10), ¿a qué viene el uso de dos signos interrogativos? ¿Acaso no bastaría con uno, posiblemente sólo el inicial? También parece redundante el punto final, ya que el espacio que sigue, el “salto de línea”, señala que terminó el párrafo o el título. Cuando, como estudiantes, tomábamos apuntes resumiendo las palabras, generalmente quitándoles las vocales (“Las partes del cuerpo humano” > “ls prts dl crp hmn”), aplicábamos nuestro conocimiento implícito de las redundancias en nuestro sistema de escritura; en una lengua con pocas vocales, como la nuestra, es relativamente fácil adivinar y reponer las vocales que faltan. Dicho sea de paso, en esta habilidad para inferir y reponer se basa el sistema de escritura árabe o hebreo, como también los sistemas taquigráficos más conocidos, Pitman y Gregg.

La fonología misma de las lenguas también presenta redundancias o, si se prefiere, fonos superfluos. Prueba de ello es que los

españoles peninsulares suelen pronunciar [alántiko] o [aléta], y todos entendemos “Atlántico” y “atleta”; algo semejante ocurre con [dotór.] o [aspéto], pronunciaciones rioplatenses frecuentes para “doctor” y “aspecto”. En los geolectos altiplánicos, es común pronunciar [kasíts] o [pokíts], y poco cuesta decodificar “casitas” y “poquitos”, respectivamente; los hispanos “sabemos” que existe una vocal al interior del grupo [ts], y la introducimos en conformidad con el contexto. En gran parte de la Hispanidad (ciertamente en nuestro país) se aspira el fonema /s/ en posición preconsonántica o final absoluta, lo que trae por resultado que el receptor no oiga la aspiración o [h]; así, “las cosas tristes” pasa a pronunciarse “lah kósah tr’íhteh] y, en muchos casos, se oye [la kósa tr’íte]; con todo, el contexto permite al oyente interpretar como “las cosas tristes”.

Sin embargo, no todas las redundancias son innecesarias, ya lo decíamos. Muchas veces es preciso repetir (y una redundancia es básicamente una repetición) para dar mayor fuerza a lo que decimos. Así ocurre, por ejemplo, con “Sal para afuera” o “Sube para arriba”, ciertamente más enérgicos o enfáticos que “Sal” y “Sube”, o con “Querida y adorada” (quien puede lo más puede lo menos, dice el refrán), “Diablo malo” y así sucesivamente.

Hasta aquí, hemos hablado de las redundancias léxicas, que son las que más llaman la atención, pero también hay redundancias morfosintácticas. “Juan vendrá mañana” es redundante por cuanto la idea de futuro se indica dos veces, a saber, en la forma verbal y en el adverbio “mañana”. Prueba de que la oración precedente es redundante es el hecho de que “Juan viene mañana”, construida con la forma verbal en el presente, significa aproximadamente lo mismo. Las dobles negaciones, gramaticales en el castellano, son redundantes, desde luego; en “No tengo nada”, la negación se señala dos veces, y lo mismo ocurre con “No vino nadie”.

Sin embargo, esta doble negación es necesaria por cuanto nuestro “no” es demasiado débil para señalar, por sí solo, la idea de negación; es muy posible que el receptor pase por alto el “no” en una oración como

(12) “El señor Pérez no recordó el compromiso”.

que resulta poco “saliente”, en el tecnolecto de la lingüística; para hacerlo más saliente (es decir, para que resalte más), se recomienda preferir

(13) “El señor Pérez olvidó el compromiso”.

donde la idea de negación está incluida en “olvidar” (no + recordar). Otras lenguas tienen recursos adicionales a la lexicalización del negati-

vo. En el francés, por ejemplo, el adverbio de negación es *ne*, pero la gramática requiere el uso de un “reforzador” (la palabra *pas*) para destacar la negación; es así, por ejemplo, como es necesario decir

(14) *Je ne ne parle pas l’anglais.*

En el inglés, similarmente, en muchos casos la gramática requiere reforzar el *not* con el verbo auxiliar *do*, como en

(15) *I do not speak German* (No hablo alemán)

(16) *They didn’t go to the cinema* (Ellos no fueron al cine)

(17) *She doesn’t understand what I say* (Ella no comprende lo que digo)

Nuestra morfosintaxis es muy repetitiva en la expresión de las categorías de número y género. Así, por ejemplo, en

(18) “Las dos niñas estaban cansadas”.

la idea de plural se indica cinco veces, una vez con cada palabra, en tanto que la idea de “femenino” se señala tres veces (en “las”, “niñas” y “cansadas”). Si se tratara de ser económico con las palabras, bastaría con decir algo así como

(19) “*Dos niña estaba cansad-”

Pero la economía, si bien deseable, dista de ser el objetivo principal de las lenguas naturales (aun cuando parece serlo de las lenguas artificiales especializadas, como las de la matemática, la lógica o la química). La preocupación principal de las lenguas naturales es que el mensaje llegue a su destino y que lo haga en la forma más semejante posible a la emitida. Esto es difícil (imposible, en realidad), porque todo sistema de comunicación tiene cierta cantidad de “ruido”, técnicamente definido. Ejemplos de ruido son el chirrido en la línea telefónica, la distracción o la fatiga del receptor, la ambigüedad o la vaguedad, el hecho de que el código del emisor y el del receptor sean semejantes pero jamás idénticos.

La redundancia tiene por finalidad compensar los efectos del ruido. Un mensaje carente de redundancia está indefenso ante el ruido y, en consecuencia, es probable que no sea percibido o sea recibido de manera deformada. Tal es así que, con frecuencia, los códigos artificiales, como las “encriptaciones”, introducen cierta cantidad de redundancia artificial para asegurar al receptor que ha recibido todas las señales; por ejemplo, emisor y receptor pueden convenir en que cada quinto signo se repetirá tres veces. De esta manera, el mensaje

(20) `cdxfyqpmnd`

que carece de redundancia, pasa a ser

(21) `cdxfyyyyqpmndddd`

redundante varias veces por las repeticiones de “y” y “d”. Es decir,

| | | |
|----------------------------------|-------------------------|--------------|
| Emisor: Mensaje inicial | cdxfy | qpmnd |
| Aplicac. de la regla de Rep. del | cdxfyyyyqpmndddd | |
| 5° signo | | |
| Mensaje emitido | cdxfyyyyqpmndddd | |

(Posible existencia de “ruido” en el “canal de comunicación”)

| | |
|---|---------------------------|
| Receptor: Mensaje recibido (idealmente) | cdxfyyyyqpmndddd |
| Decodificación, por regla convenida | cdxfy qpmnd |

Si el receptor capta, por ejemplo, sólo “cdxfyyqpmndddd”, sabe que la transmisión ha sufrido alguna falla por cuanto se ha violado la regla de redundancia existente o acordada; en consecuencia, pide que se le repita el mensaje, lo que –nuevamente– constituye introducción de redundancia.

El mensaje se ha hecho menos económico pero más seguro. Es lo mismo que ocurre con “No tengo nada”, redundante porque la negación se dice dos veces, pero más seguro de descifrar que “*Tengo nada” o “*No tengo algo”, como se dice en inglés (*I have nothing, I don't have anything*).

Las lenguas naturales también se preocupan de que los mensajes sean fáciles y –en lo posible– agradables de descifrar. En este punto, el emisor debe lograr un equilibrio entre la economía y la redundancia, puesto que, en exceso o en forma mínima, ambas hacen que los mensajes sean difíciles o desagradables de descifrar. El equilibrio dependerá, en gran medida, de la naturaleza del mensaje. Así, en la ciencia, normalmente se precia la economía, en tanto que, en el discurso erótico, se valora la redundancia –mientras más veces se le diga que ella es la más hermosa, tanto mejor.

BIBLIOGRAFÍA

- DARWISH, Ali (1995). Is redundancy translatable? <http://www.surf.net.au/writescope/redundancy.html>
- HUFFMAN, David A. (1952 septiembre). A method for the construction of minimum-redundancy codes. *Proc. IRE* (Proceedings of the Institute of Radio Engineers), pp. 1098-1101.

- Hyperdictionary.com (2002). <http://www.hyperdictionary.com/dictionary/redudancy>
- MILLER, George A. (1951). *Language and Communication*. Nueva York. McGraw-Hill
- SHELDON, Tom (1997). *Encyclopedia of Nertworking and Telecommunications*. Nueva York. McGraw-Hill.